

CHES. ¿Qué queréis? Es un segundón de una buena casa. Le han obligado mal su grado á vestir la tóga á sus años, y él se bate hasta que se la desgarran. Ha aprendido leyes para poder infringirlas todas. Pero justamente aquí viene en persona.

SALF. ¡Por San Jorge! ha perdido el juicio. ¿A quién diablos le ocurre venir á Windsor por la noche después de haber ayudado á matar al sobrino del canciller por la mañana?

ESCENA IX

CHESTER; OVERBURY, con la toga; DRYDEN; SALFORD y algunos señores

OVERB. (*Entra cantando con alegría.*) Buenos días, Chester. ¿Qué buen mozo estáis hoy! ¿Y tu querida? ¿Tiene valor esa ingrata de no rendir todavía el corazón á esos bigotes tan diestramente rizados? ¡Diablo! si yo fuera mujer, no me resistiría dos minutos.

DRY. (*En voz baja.*) Mira lo que haces, legista. Me parece que pudiera no sentarte bien el aire de Windsor hoy. Aguarda siquiera hasta que Lexter esté restablecido, ó un palmo bajo tierra: de otra manera el canciller...

OVERB. Dejádme en paz con vuestro eterno canciller; el canciller si uno habla, el canciller si se bate; ¡diantre de canciller! A lo menos en su ausencia y entre amigos dejádme que me vengue un poco de su tiranía y su...

ESCENA X

CHESTER, OVERBURY; BURKER, que entra por el foro; DRYDEN, SALFORD; otros señores; y después SIDNEY, que sale de la cámara del rey.

BUR. ¡Gran noticia, señores! noticia positiva que será confirmada mañana. Buckingham ha caído.

TODOS. ¿Qué dices?

OVERB. (*Riéndolo.*) No nos engañes; eso sería delicioso.

DRY. He aquí á Sidney que sale de la cámara de Su Majestad. El puede decirnos... ¿Qué crédito debemos dar á las voces que corren, conde? ¿Es cierto que ha sido depuesto el primer ministro?

SID. Así dicen; yo, sin embargo, no tengo más datos positivos que los demás. (*Se sienta en un sillón cercano á la cámara del rey.*)

CHES. (*Bajo á los otros.*) Hace el discreto: la caída es indudable.

OVERB. (*Con el mayor atolondramiento.*) ¡Gracias á Dios! Ya nos vemos libres de ese maldito canciller. Por todos estilos nos estaba haciendo mal tercio. Figuraos que hace ya algunos días que estaba en relaciones con la mujer más linda de Londres.

CHES. ¿Hablas sin duda de la joven Ana Arundel? Te engañas, Overbury; porque no ha querido admitir las veinte mil libras que el canciller le ha ofrecido por medio de...

OVERB. No es esa, no.

BUR. ¡Ah! ya, la sobrina misma del canciller.

OVERB. Nada.

DRY. (*A media voz.*) Este maldito no respeta á nadie; apostaría yo á que habla de la misma...

OVERB. Menos; no das en ello.

CHES. Al fin daremos.

BUR. ¡Ah! una del teatro.

SALF. ¿Pues quién es? (*Sidney se acerca con curiosidad.*)

DRY. Dejádle, por Dios; vais á ponerle en el caso de que diga algún disparate; ya le falta poco para...

OVERB. ¿Quieres callarte, Dryden? Vas á hacernos sospechar que se trata de tu mujer.

DRY. ¡Overbury! (*Chester le sosiega riéndose.* *Risa general.*)

OVERB. (*Todos le rodean.*) ¡Vaya! ¿me prometéis guardarme secreto? porque no quisiera comprometerla.

CHES. Sí. ¿Quién lo duda?

OVERB. ¡Pues bien! ¿Conocéis todos á la condesa viuda de Salisbury?

SID. (*Atraviesa rápidamente la escena y se dirige á Overbury.*) ¿La condesa viuda de Salisbury? ¿Estáis seguro, señor letrado? (*Todos se apartan.*)

OVERB. Muy seriamente lo tomáis, señor conde. Sin embargo, os puedo decir que hoy mismo la he visto entrar misteriosamente en el palacio del canciller.

SID. ¿Y no tenéis más pruebas que esa para minar de esa manera su reputación? ¿Sabéis por ventura la causa que podía obligarla á ver á Buckingham?

OVERB. No tengo el honor de estar tan al corriente de sus negocios como el señor conde.

SID. Sabed, pues, que iba á pedir una gracia para uno de sus parientes.

OVERB. Sí, y de una manera muy propia para conseguirlas, señor conde. (*Risa general.*)

SID. ¡Eso es ya demasiado! Puesto que aquí

no hay nadie que se atreva á tomar la defensa de una mujer para vengar su reputación indignamente calumniada, yo seré, señor letrado, yo mismo quien os dirá en vuestra cara que mentís.

OVERB. A fe ¡de caballero, señor conde, me daréis una satisfacción de este insulto.

SID. (*Echando mano á la espada.*) Ahora mismo.

OVERB. (*Apoderándose de la de Burker, que está á su lado.*) ¡Enhorabuena!

CHES. (*Pasando al lado de Sidney y apartando á todo el mundo.*) A un lado, señores, á un lado. Que vean lo que hacen. ¡Sitio!

DRY. (*Arrojándose en medio.*) ¿Qué hacéis aquí? ¿Dentro del palacio? ¿Casi en presencia del rey?

VARIOS SEÑORES. Deteneos. (*Los separan.*)

SID. Bien, pero mañana en James-Street á las seis.

OVERB. Donde gustéis, con tal que yo vea cruzadas nuestras espadas cinco minutos no más.

SID. Nos batiremos antes de salir el sol, señor letrado, para que no se eche á perder vuestra tez.

CHES. (*Bajo á Overb.*) Esto te enseñará á ser un tanto más circunspecto en tus habladerías. No sabe uno las más veces con quién habla.

BUR. (*Bajo á Overb.*) Esto te corregirá.

OVERB. (*Idem.*) ¿Dos á la vez para enseñarme una virtud palaciega? Convenid conmigo en que esto ya es demasiado.

ESCENA XI

DRYDEN, SIDNEY, BESFORD, CHESTER, OVERBURY,
BURKER, SALFORD

(Durante toda esta escena y hasta el fin del acto se llenan los salones de personas de todos sexos en traje de corte ó enmascaradas. Algunas en sus trajes representan diosas del paganismo.)

BESF. (*Entra por el foro.*) Por fin os encuentro, conde.

TODOS. ¡Besford!

OVERB. ¿Cómo diantres te has compuesto para salir de tu cárcel?

BESF. Preguntádselo á mi libertador el conde de Warwick, que ha conseguido mi perdón. ¡Qué agradable sorpresa me habéis causado! En menos de una hora paso de un calabozo lóbrego y triste á una brillante función. No creía salir de él para ir á un baile; podéis contar con mi agradecimiento á todo trance; mi vida es vuestra; sólo

temo no poderos pagar jamás lo que os debo. (*Salford sale por el foro.*)

DRY. Vamos, milores; las salas de Windsor se llenan de gente; tendremos comparsas preciosas: la reina y un gran número de señoras han adoptado trajes de las diosas de la mitología; el baile presentará una perspectiva encantadora.

SID. (*Solo.*) ¿Podía yo permitir que la ultrajasen? No; era un deber mío defenderla. El letrado Overbury pagará bien caras sus calumnias.

BESF. (*Que ha estado hablando con un grupo, dirigiéndose vivamente á Sidney.*) ¡Por San Jorge! ¿Qué acabo de saber, amigo mío?



¿Os batís mañana con Overbury? ¡Ah! me tendré por dichoso si llego á tiempo para servirlos de segundo.

SID. Gracias, señor duque, gracias; Chester vendrá conmigo.

BESF. Necesitáis dos y no os ha de sobrar nada. Overbury es el rey de los esgrimidores; su osadía y su fortuna le han hecho célebre.

SID. No importa. El cielo se pondrá de mi parte.

BESF. Perdonad; no podéis sin ofenderme rehusar mis servicios; os debo la vida. ¿No he recurrido yo también á vos? Sé la deuda que he contraído; permitidme que empiece á pagárosla. Overbury, mañana voy con el conde de Warwick.

OVERB. Como gustes, Besford. Ya sabes cómo te he servido esta mañana; sin duda te

has cansado de vencer. (*Habla con Burker y otro señor.*)

BESF. Eso es lo que hemos de ver mañana, señor jurisconsulto. Chester, contadme la ocasión de este desaffo.

(Se oye no muy cerca la música de los salones, que no cesa de tocar hasta el fin del acto.)

ESCENA XII

DRYDEN, SIDNEY, LA DUQUESA, BESFORD,
CHESTER, OVERBURY, BURKER

DUQ. (*Entra por el foro.*) ¿Qué hacéis? milores, ya ha empezado el baile. ¿Es posible, Dryden, que tenga yo que venir á buscaros?

SID. (*Bajo á la duquesa.*) ¿Os he cumplido mi palabra, miladi?

ESCENA XIII

SIDNEY, DRYDEN, LA DUQUESA, SALFORD, BESFORD,
CHESTER, OVERBURY, BURKER

SALF. Burker tenía razón, milores. La caída del lord canciller ya no es un misterio; la reina acaba de anunciarlo en alta voz.

UN GRUPO DE CORTESANOS. ¡Viva el rey!

DRY. ¡Adiós mi capitania!

BESF. Por Dios, que estoy en el día más feliz de mi vida, supuesto que ya nos vemos libres de ese maldito Buckingham; permitid, milores, que os presente á la duquesa de Besford. (*Movimiento de sorpresa.*)

OVERB. ¿Qué dices? ¿tu mujer?

BESF. Hace dos años, Overbury; esto es lo que tú no habías adivinado.

OVERB. En verdad que no; te felicito sinceramente. (*A Chester y á los demás.*) Ahora tiene esto más gracia.

BESF. (*Acercándose á Sidney.*) Mañana, ¿á qué hora?

SID. Pero... permitidme, Besford, que no os exponga á...

BESF. ¡Silencio! mi mujer nos escucha; está loca por mí, y si llegase á sospechar la menor...

CHES. (*Bajo á Overbury y á los demás.*) ¡Y yo que iba á contarle al marido la causa del desaffo! Está visto que aquí no se puede hablar sin hacer un disparate.

ESCENA XIV

Dichos; UN GENTILHOMBRE, saliendo de la cámara del rey

GENTIL. El rey llama á su gran canciller y primer ministro el señor conde de Warwick. (*Sorpresa y silencio general.*)

DRY. (*A Salford.*) Nos equivocamos en todos nuestros cálculos. ¿Quién hubiera dicho que Sidney?... (*Alto.*) Milord, os felicito cordialmente al ver recompensado vuestro mérito.

(Todos se inclinan. Besford y Chester aprietan amistosamente la mano de Sidney; los demás le rodean felicitándole.)

OVERB. (*Con desenfado.*) ¡Por San Jorge! mañana sabremos si un trozo de pergamino y el título de excelencia bastan á desviar la punta de una espada.

SID. (*A Overbury, á quien no ha perdido de vista.*) Mi nueva posición en nada altera nuestros asuntos; y como os veríais obligado á salir de Inglaterra en el caso de que la suerte os fuese propicia, os enviaré esta noche un salvo-conducto.

OVERB. (*Saludándole.*) Viva vuestra excelencia persuadido de que haré cuanto de mí dependa para poder aprovecharme de él.

(Se oye más fuerte la música. Sidney se detiene un instante á la entrada de la cámara del rey para echar una ojeada á Overbury y á la duquesa. Todos hacen ademán de salir hacia los salones del baile. Cae el telón.)



ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala de casa de Sidney; á la izquierda una puerta que conduce á un gabinete-armería, en cuya entrada se ven trofeos. En el fondo una péndola gótica; á la izquierda una ventana ancha que permite ver la fachada del palacio de Windsor iluminada; á la derecha una puerta que conduce afuera.

ESCENA PRIMERA

WILLIAMS, en el fondo; SIDNEY, ocupado en escribir; sobre la mesa hay dos bujías encendidas. El reloj da las cinco

SID. ¡Las cinco! Ya empieza á amanecer. (*Saca una caja del pecho, besa repetidas veces lo que contiene y la ata á una carta que acaba de cerrar.*) ¡Williams!

WIL. ¿Señor?

SID. (*Señalando una carta que coge de sobre la mesa.*) Esta carta es para mi madre. (*Señalando el paquete.*) Esto para una persona cuyo nombre no pronunciarás jamás, para la duquesa de Besford. Aquí lo dejo todo. (*Abre un cajón en la pared á la izquierda del espectador.*) Me llevo la llave. Si no vuelvo esta noche descerrajará este cajón y darás á cada cosa la dirección que

te he indicado; pero las darás sólo á las personas que he dicho, sólo á ellas.

WIL. Sí, señor.

SID. ¡Ah! se me olvidaba ya el salvo-conducto del letrado Overbury. (*Firma un papel y lo mete en su bolsillo.*) Harás ensillar inmediatamente el mejor de mis caballos; te encargo sobre todo que se haga sin meter ruido; podrías despertar á mi madre.

WIL. Todas vuestras órdenes serán puntualmente ejecutadas.

SID. ¡Ah! dejarás también abierta la puerta grande, porque voy á salir.

WIL. ¿Solo, señor?

SID. Solo.

WIL. De buena gana os pediría permiso para acompañaros. El señor conde conoce mi discreción, y acaso necesitará alguien...

SID. No, Williams; te agradezco tu celo. Estás conmovido. ¡Bah! ¿Es esta la primera vez que me ves salir á estas horas? Vaya, anda. ¡Pobre Williams! (*Desciñe su espada y la pone sobre la mesa.*)

ESCENA II

SIDNEY

El baile continúa. Celebran la caída de Buckingham como celebrarían la mía. Allí está, pensando en mí tal vez, porque ahora ya no puedo dudar de su amor. La hora se acerca (*Saca del gabinete unas pistolas y las pone sobre la mesa.*) y he prometido á Chester irle á buscar á su casa. Allí estará Besford sin duda; por más que he hecho me ha sido imposible hacerle desistir. Ayer aun hubiera dado toda mi sangre por oír un sí... ¿por qué razón no soy ya completamente feliz? ¡Ah! existe entre ella y entre mí un obstáculo en que se estrellan á la vez todas mis esperanzas. Dice que me ama; pero pertenece toda á su marido. Sí; la ha comprado: su cuerpo es suyo, y su alma también. Sus encantos, su amor, todo se lo ha vendido á Besford su familia. ¡Una boda por razón de estado! Y ella quiere llevar al extremo ese vil contrato. ¡Delirio! ¡Ah! ¿Cumple nuestra vida jamás lo que una vez prometió? Entramos en el mundo henchidos de esperanza: nos arrojamus llenos de alegría hacia un porvenir risueño; pero cada día que pasa se borra una ilusión, huye un placer ilusorio, se presenta en su lugar una horrible realidad, y á los veinticinco años, en la flor de nuestra vida, nos hallamos solos, aislados, desengañados y abrasados por una sed devoradora de felicidad que no se ha de satisfacer jamás. (*Llaman suavemente á la puerta del fondo.*) ¿Quién llama?

ESCENA III

SIDNEY; OVERBURY, asomando la cabeza.

OVERB. Soy yo, excelentísimo señor. (*Entra con una espada ceñida y dos pistolas en el cinto.*)

SID. ¿Qué significa esto, sir Overbury? (*Señalando al reloj.*) Son las cinco y cuarto, ya lo veis, y nuestra cita es á las seis. ¿Dudáis por ventura de mi exactitud?

OVERB. No ignoro vuestra reputación, señor conde. Sé muy bien que á las seis en punto os hubiera encontrado en el sitio designado con la pistola ó la espada en la mano, dispuesto á escarmentar todas mis extravagancias.

SID. En ese caso, ¿qué objeto tiene esta visita? Nos faltan todavía tres cuartos de hora.

OVERB. Esa es precisamente la causa de mi venida.

SID. Explicaos.

OVERB. Trascurrido ese tiempo no podré consagraros ni un segundo.

SID. ¿Por qué?

OVERB. Porque á las seis tengo otro asunto tan importante como éste, al cual no me es posible dar cumplimiento en el mismo sitio, y no encuentro medio alguno de estar á una misma hora en dos puntos distantes.

SID. ¿Cómo? ¿otra cita?

OVERB. Precisamente.

SID. Tranquilizaos. Es probable que tengáis que faltar á la una ó á la otra.

OVERB. (*Riéndose.*) Tengo más confianza en mí que el señor conde, y por esto quisiera conciliarlo todo.

SID. (*Con impaciencia.*) Sir Overbury, haceos cargo de que yo he sido el que os he provocado; la otra persona esperará.

OVERB. No hubiera vacilado para proponérselo si me las hubiese con una simple mortal (ya veis que es una cita amorosa), pero precisamente es una divinidad del olimpo: la he dirigido mis oraciones, he sido escuchado, y una diosa, por pequeña que sea, no es mujer que aguarde. Y ésta sobre todo: la blanca Diana que brillaba esta noche deliciosa en medio de un enjambre de ninfas...

SID. No os pregunto quién es.

OVERB. Me es indiferente: además de que mañana lo sabrá toda la corte.

SID. Lo sentiré por vos, sir Overbury; pero, ¿y si yo no quisiese variar la hora de nuestro desafío?

OVERB. Tendría paciencia, señor conde; pero confesadme que eso sería una crueldad. En igual caso yo no me negaría á prestaros este pequeño servicio.

SID. Enhorabuena. Vamos, pues.

OVERB. No esperaba yo menos de vuestra generosidad.

SID. (*Dándole un papel.*) Tomad vuestro salvoconducto.

OVERB. (*Leyéndole.*) Si vuestra excelencia tuviese la bondad de poner dos nombres. Porque, ¿quién sabe si mi diosa querrá endulzar el rigor de mi destierro? y como es casada...

SID. Eso es cuenta vuestra. (*Señalando las pistolas y la espada de Overbury.*) ¿Son necesarios todos esos preparativos?

OVERB. Esto quiere decir que podéis elegir armas.

SID. Os cedo la elección.

OVERB. ¡Oh! á mí me es indiferente.

SID. Mejor; entonces á caballo.

OVERB. A caballo.

SID. Con espada y con pistola.

OVERB. Tengo ambas cosas.

SID. Hasta que quede uno de los dos en el campo.

OVERB. ¿Eh?

SID. ¿Este desafío os asombra, sir Overbury?

OVERB. No le propongo nunca, pero lo acepto siempre.

SID. Vamos.

ESCENA IV

WILLIAMS, SIDNEY, OVERBURY

WIL. (*Bajo á Sidney.*) Una enmascarada quiere hablar indispensablemente á vuestra excelencia.

SID. ¡Una señora!

OVERB. ¿Señor conde?

SID. Un momento, sir Overbury.

ESCENA V

Dichos, LA DUQUESA

(Trae un gran dominó de raso negro y la máscara puesta; al ver á Overbury hace ademán de salir.)

OVERB. (*Ocultando sus armas con su ropilla.*) ¡Ah, señora! yo soy quien debo salir. (*A Sidney, sonriéndose y á media voz.*) Sois más feliz que yo, señor conde; á mí me toca sacrificarme; es muy justo. No insisto: sed dichoso vos ahora, yo lo seré después.

ESCENA VI

SIDNEY, LA DUQUESA

DUQ. (*Arrojando su careta.*) Soy yo.

SID. ¡Vos, señora! ¡Ah! si esto es un sueño, no me despertéis jamás. No me robéis mi felicidad.

DUQ. Insensato, ¿habláis de felicidad, y no veis la muerte delante de vuestros ojos?... Huid. Buckingham ha recobrado todo su favor.

SID. ¡Buckingham! Es imposible; he vuelto á ver á Su Majestad durante el baile, y el recibimiento que me ha hecho...

DUQ. ¿Y no conocéis á Jacobo I? ¿Yo soy quien he de recordaros las causas que existen para hacer imposible una caída completa de Buckingham? ¿Creéis que le costaría

tanto sacrificar á su antiguo privado la cabeza de un favorito de dos horas, con tal que tuviese el menor viso de justicia? ¿Imagináis por ventura que puede faltar un pretexto?

SID. ¡Oh! eso sería una ingratitud.

DUQ. Creedme. Al saber su desgracia, el canciller se ha hecho llevar á Windsor; ha esperado al rey en su gabinete. El rey le ha visto, le ha hablado, y ha cedido; ha temido sin duda.

SID. ¡Buckingham! ¡Buckingham!

DUQ. Este suceso es un misterio todavía; nadie lo sospecha en la corte: sólo la reina ha podido saberlo en el acto. Me ha llamado aparte; todo me lo ha contado: he recorrido todas las salas, os he buscado, he preguntado por Chester, vuestro amigo, para que os avisase: á nadie he encontrado; los dos habíais desaparecido. No sabiendo entonces de quién fiarme, y temiendo dar con un enemigo vuestro, he cogido precipitadamente en el cuarto de la reina este dominó y esta careta, y lo he abandonado todo por salvaros.

SID. ¡Oh, Isabel, sois un ángel! Pero nada tengo que temer. Mi ministerio de dos horas no ha hecho daño á nadie, y puede haber hecho mucho bien á alguna persona.

DUQ. Sí; pero el canciller os acusa de traición contra el estado, y á sus instancias acaso os acusará también mañana el parlamento. Ha hecho creer al rey que estáis complicado en la conjuración que tiende á poner la corona de Inglaterra en la cabeza de Arabella Estuardo, su prima.

SID. Es una infame calumnia: tendrá que presentar pruebas.

DUQ. ¿Pruebas? ¿Creéis que no sabrá inventarlas? ¿Ignoráis su facundia? El rey lo ha creído, y en este caso no ha podido menos de obrar como rey justo. En fin, ¿no me habéis comprendido? Buckingham os acusa y pide vuestra cabeza. Y la obtendrá, vos lo sabéis mejor que nadie, la obtendrá si no la salváis.

SID. ¡En buen hora! Que envíe por ella.

DUQ. ¡Oh! ¿Qué decís? No será esta vuestra resolución, no; lo decís sólo para atormetarme, porque yo soy quien os he precipitado en este abismo; vos no queríais dejarme este eterno remordimiento: ¿es verdad que no, Sidney? No; eso sería horroroso. Nunca he deseado el mal para vos.

¡Oh, Sidney, vos no habréis pensado bien lo que habéis dicho!

SID. ¡Isabel!

DUQ. No, no lo habéis pensado bien. Una carroza os aguarda abajo, y la reina ha despachado delante postillones para auxiliar vuestra fuga.

SID. (*Mirando el reloj.*) ¡Enhorabuena! que parta el carruaje, y que me espere en la puerta de Market. Dentro de una hora le alcanzaré.

DUQ. ¡Dentro de una hora! ¿Y por qué esta dilación? Dentro de una hora ya no será tiempo. Va á amanecer, y al salir el sol ya os habrán preso. Partid inmediatamente ó sois perdido.

BESF. (*Entre bastidores.*) ¡Sidney! ¡eh! ¡Sidney! (*La duquesa se detiene aterrada.*) ¿Dónde diablos estáis?

DUQ. ¡Mi esposo!

SID. ¡Besford! ¿Dónde os ocultaré? Allí, en el gabinete, en mi armería... Venid, no temáis nada.

(Coge del brazo á la duquesa, que ha quedado inmóvil, acometida de un temblor convulsivo, y la empuja dentro del gabinete.)

ESCENA VII

SIDNEY, BESFORD

BESF. Apostaría cualquier cosa á que está durmiendo... ¡Ah! me he llevado chasco.

SID. Milord duque, me parece que no era el sitio designado...

BESF. ¿Para reunirnos, no es verdad? Ciertamente: perdonadme mi impaciencia: he querido probar mi exactitud. Me tenéis á vuestras órdenes; este es el día más feliz de mi vida, pues voy á emplear mi espada en servicio vuestro.

SID. Hablad más bajo, os lo ruego; más bajo. (*Besford le mira asombrado.*) La habitación de mi madre está inmediata, y pudieran oírnos.

BESF. (*Bajando la voz.*) Tenéis razón: ¡pobre condesa! respetemos su sueño; todas las precauciones serán pocas. Lo mismo me sucede á mí con mi mujer; ¡si supiérais cuánto trabajo me ha costado callarle todo este asunto! Felizmente me he salido del baile muy temprano y sin que ella lo echase de ver. Por otra parte, pasará regularmente toda la noche con la reina; es imposible que conciba la menor sospecha. ¡Qué noche tan deliciosa! Vos erais allí el

héroe, señor conde; vuestro nombre andaba resonando de boca en boca; todos querían veros y felicitaros. Vuestro reinado ha empezado con una brillante función.

SID. Pronto pudiera acabarse.

BESF. ¡No lo quiera Dios! ¡oh! será largo, porque estáis muy querido, sois generalmente bien quisto, y vuestro poder no engendrará envidiosos.

SID. (*Cuya impaciencia y turbación se aumentan por grados.*) Perdonadme, milord; tengo todavía que tomar algunas disposiciones...

BESF. Sí, sí; os ruego que no os incomodéis por mí de ninguna manera; haced cuenta que no estoy aquí. (*Sidney, viendo que no se va, se sienta á la mesa y hace como que escribe; Besford se sienta. Momento de silencio.*) A propósito, ¿qué arma elegís?

SID. Si os parece nos batiremos á caballo con pistola y espada.

BESF. (*Levantándose.*) De muy buena gana; eso es más animado y más divertido; es casi una carga de caballería. (*Llega á la mesa y examina las armas de Sidney.*) ¡Lléveme el diablo! esta es una espada de baile. El menor golpe de una mano medianamente ejercitada la hará pedazos; casi va á saltar entre mis manos. ¡Oh! tenéis veinte mejores en vuestra armería. (*Se dirige hacia el gabinete.*)

SID. (*Con viveza.*) Esta me acomoda más; es más ligera. Marchemos, os lo ruego; he concluído.

BESF. ¡Por mi alma! no permitiré en manera alguna que os expongáis con una arma de esta especie. Es un deber mío el... (*Da un paso hacia el gabinete.*)

SID. (*Deteniéndole.*) Deteneos, milord duque; se pasa la hora; es preciso partir.

BESF. (*Reparando en la careta que está en el suelo.*) ¡Ah! Esto es otra cosa. ¡Diantre! no había yo visto. (*Sonriéndose.*) Sí, sí, efectivamente; esta espada es muy buena... Además, Chester nos prestará otra; subiré al paso á su casa (*Recoge la careta con un bastón.*) y la escogeré. (*Se prueba la careta.*) Muy incómodo debíais estar aquí dentro; es muy pequeña. (*Examinándola.*) Me parece haberos visto antes, señora careta, bailando en la comparsa de la reina. (*Levantando la voz y mirando hacia el gabinete.*) ¿No íbais con un vestido de color de

violeta, con guarniciones de color de naranja? (*Sidney le hace una seña con la mano.*) Sí... hablemos bajo, vuestra madre pudiera oírnos.

SID. Vamos, duque, vamos.

BESF. A la verdad, ¡soy el hombre más indiscreto y más torpe!... ¡entrar á las cinco de la mañana en vuestra habitación sin anunciarme antes! ¡Qué enojado debéis de estar conmigo! Voy á esperaros en la puerta de la ciudad; Overbury será también exacto sin duda; de paso me reuniré con Chester, nuestro testigo. (*Volviendo.*) ¡Ah! dos palabras nada más. ¿Es esta la primera vez que viene aquí?

SID. ¡Oh! os lo juro por mi honor, la primera.

BESF. ¡Santo Dios! ¿qué he hecho yo? no tengo disculpa. Os pido mil perdones, mil: me retiro; quedaos; no salgáis; quedaos aquí, señor conde.

ESCENA VIII

LA DUQUESA, SIDNEY

SID. He creído que moríamos aquí los tres. (*Echa el cerrojo de la puerta del foro y corre hacia la del gabinete.*) Venid, Isabel, venid. ¿No me oís? ¡Isabel! (*La lleva á un sillón y la sienta.*) Volved en vos, nada tenéis ya que temer.

DUQ. No, ya no tengo nada que temer, ¿no es verdad? ¡Ah! otro golpe como éste y soy muerta. Ahora estoy salva ya, ¡salva enteramente! ¡Dios mío! (*Llora.*)

SID. Por Dios, tranquilizaos.

DUQ. Sí; es preciso que yo me marche al momento.

SID. ¿Y podéis marcharos en el estado en que os veo? Esperad aún algunos minutos más.

DUQ. ¿Esperad decís? ¿Y si volviese? ¿Sabéis que no me volvería á esconder? No; no me escondería. No le pondría yo mismo en ridículo segunda vez; no atraería el desprecio sobre su cabeza; mejor querría que me matase. ¡Besford! ¡ese hombre tan noble, tan generoso, tan lleno de pundonor! Se chanceaba él mismo con su propia deshonra; se ha marchado riéndose delante de una mujer cuya presencia no ignoraba; ¡y esta mujer es la suya! ¡esta mujer lo oía todo, y no ha muerto de vergüenza ó de desesperación!

SID. ¡Isabel!

DUQ. Todo lo he oído, ¡os lo repito! el motivo de su visita, y el que le ha obligado á salirse.

SID. ¡Pues bien! maldecidme á mí; yo soy quien os he deshonrado á vuestros propios ojos, y entretanto vos estabais pura y no habéis dejado de serlo; pero mi amor es fatal y lleva consigo donde quiera el dolor y los remordimientos. ¡Cuán desgraciado soy yo! Yo, que hubiera dado mi vida por ahorraros un sentimiento, y que os entrego á la desesperación; yo, por quien lo habéis arrostrado todo, y que no puedo dejaros siquiera el consuelo de haberme salvado.

DUQ. ¿Y por qué me habéis de negar hasta ese dulce consuelo?

SID. ¿Estará en mi mano concedérselo dentro de una hora?

DUQ. (*Levantándose.*) Tenéis razón; ese desafío, ese... debéis asistir á él, y si os libráis de vuestro adversario no os libraréis del vulgo. ¿Pero qué os importa? no dejáis muriendo ningún pesar, ninguna memoria...

SID. ¡Isabel! Basta, yo sólo suplico: ved que bien he menester todo mi valor.

DUQ. ¿Y yo no le necesito?

SID. (*Mirando el reloj.*) ¡Ah! se ha pasado ya la hora.

DUQ. (*Deteniéndole.*) Un instante todavía. ¡Dios mío! Un instante nada más.

SID. No, no; me es imposible: no me detengáis.

DUQ. ¿Queréis, pues, morir?

SID. El cielo decidirá de mi suerte. (*Se arroja hacia la puerta.*)

DUQ. (*Deteniéndole.*) ¡Sidney! ¡por vuestro amor, por el mío, por el mío, conde!...

SID. ¿Y seré yo digno de ese amor si me quedo aquí más tiempo?

DUQ. Ya ha pasado la hora; vos lo acabáis de decir; ya ha pasado.

SID. Sí, y cada segundo que marca nuevamente aquel minuterero se lleva consigo un pedazo de mi honor. Venid, salgamos.

DUQ. ¡Salir! No; yo me quedo aquí. (*Cogiendo el sillón.*) Aquí mismo, ¿lo oís? No penséis en llevarme; yo también quiero perderme, sí. Cuando vengan los emisarios de Buckingham á buscaros... ¡mejor! Le podrán contar al canciller que han encontrado á la duquesa de Besford en la habitación del conde de Warwick. Idos, conde; marchad; ya no os detengo. (*Se sienta.*)

SID. ¡Vos me hacéis temblar! Escuchadme, Isabel; bien lo sabéis; nosotros los hombres

tenemos deberes que no podemos olvidar sin arrostrar el oprobio. Una cita de esta especie es sagrada; he insultado á mi adversario, y le debo dar una satisfacción, aunque el habérsela de dar me costará llevar mi cabeza á un cadalso.

DUQ. (*Levantándose.*) No huiréis de vuestro adversario, huiréis del anatema de Buckingham. ¡Dios mío! en los sucesos ordinarios de la vida nunca os obligaría yo á eludir un combate que el honor exige; gemiría en silencio: ¿pero ahora? ahora es el cadalso, el cadalso, ¿me entendéis? Decidme cómo queréis que os hable. Decidme qué palabras podrán conmover vuestro corazón; decidme qué objetos os son más caros. ¿Mi amor? ¡Ah! no: no puede nada con vos; no es eso... ¿Vuestra madre? Sí; vuestra madre, á quien tanto amáis, que oirá su nombre mancillado, que morirá de dolor... ¿No? ¿Tampoco basta? ¡Ah! ya no sé qué deciros yo; no lo sé, ni sé qué ruegos emplear; mi alma se cansa, y no me quedan fuerzas sino para llorar y para echarme á vuestros pies.

SID. Dejadme, por Dios, dejadme.

DUQ. No lo esperéis, Enrique. No, conde, no.

SID. ¡Ah! ¿vos no queríais deshonrarme?...

DUQ. (*Levantándose.*) ¿Y si me deshonrase yo contigo?...

SID. ¡Isabel!

DUQ. ¿Y si participase yo contigo de tu oprobio? ¿si partiese yo también?

SID. Calla, Isabel; ¡calla por piedad!

DUQ. Partamos, sí; partamos al instante. Ya nada me detiene. Dentro de algunas horas estaremos lejos de Inglaterra, lejos de Buckingham, y lejos en fin de todos. Estare-

mos solos en el mundo nosotros dos. ¿Comprendes bien toda nuestra felicidad? ¡Oh, una vida entera llena toda de amor y de ventura, el paraíso en la tierra! Partamos.

SID. ¡Desdichado! soy perdido si te escucho.

DUQ. No puedes negármelo, no; no puedes negármelo, ¿lo ves? ¿Y qué es tu sacrificio comparado con el mío? Yo no tendré disculpa; yo abandono á un esposo que me ama, yo atropello todos mis deberes... (*Sidney la estrecha contra su corazón.*) ¡Oh! sí, Enrique, sí; rodéame con tus brazos, ocúltame á las miradas de todos, porque estoy envilecida, porque estoy infamada.

SID. No hables así, Isabel, tú que todo me lo sacrificas, tú que eres mía de aquí en adelante.

DUQ. Sí, tuya, toda tuya, enteramente tuya.

SID. ¿Y qué nos importa el mundo ahora? Ya es mía para toda la vida.

(*La estrecha á su pecho y la llena de besos las manos y la frente. Se oye ruido. Dan golpes á la puerta.*)

DUQ. (*Con el mayor espanto.*) ¡Ah! son los soldados de Buckingham que vienen á prenderte.

SID. No me prenderán vivo.

CHES. (*De afuera.*) ¡Sidney! ¡Sidney! abre.

SID. Es la voz de Chester.

CHES. (*Sacudiendo la puerta violentamente.*) Abre, ¡por San Jorge! (*La puerta cede y entra. La duquesa se cubre el rostro con entrambas manos.*) ¿Has perdido el juicio? Besford acaba de partir para batirse en tu lugar.

SID. ¡Maldición sobre mí! (*Se arroja sobre sus armas.*) ¡Y yo entretanto le deshonraba!

(*Arrastra consigo á Chester; la duquesa cae desmayada en un sitial.*)



ACTO TERCERO

Salón del piso bajo de la casa de Besford. A la derecha y en primer término una puerta, y en segundo término un reloj. Otra puerta á la izquierda que conduce á las habitaciones de la duquesa; otra en el foro, al lado de unas grandes vidrieras que dan al patio de la casa. A la izquierda una mesa entre dos grandes sillones.

ESCENA PRIMERA

BURKER, en pie detrás de la mesa; BESFORD, sentado en un sillón; dos criados detrás de él; LA DUQUESA, sentada en el fondo al otro lado del teatro.

BESF. (*Con el brazo vendado, á Burker.*) Me ha faltado un pie, me he resbalado, y Overbury ha vencido; (*A media voz.*) pero decidle que nos volveremos á ver.

BUR. (*Dejando dos pistolas sobre la mesa.*) Corro á decirle inmediatamente que por

dicha vuestra herida no ha sido de peligro.
BESF. (*A los criados.*) Gracias, amigos míos, gracias; ya no os necesito: ídos.

ESCENA II

BESFORD, LA DUQUESA

BESF. (*A la duquesa, que ha permanecido inmóvil con la cabeza sostenida en las manos.*) ¡Isabel! perdonadme que os haya hecho un misterio de todo esto. Jamás hubierais sabido una palabra á no ser por esta maldita herida. ¿Aun estáis enojada conmigo? Ya veo que será preciso pedirnos seriamente mi perdón.

DUQ. (*Levantándose y llegando á él.*) ¡Milord!

BESF. ¡Querida mía! no es más que un arañazo, nada más. Ni sé cómo he podido ponerme tan malo por tan poca cosa; apenas siento ahora mi herida. Ya veis que no me impide estrecharos en mis brazos. ¿Os apartáis? Ciertamente que es mucha crueldad ahora que ya os he confesado mis yerros. Si ha habido algún riesgo, ya estoy fuera de él, y hoy no tengo que temer sentencia alguna.

DUQ. ¡Ah! no; el rey firmó vuestro perdón. Hoy ya no sería tiempo de pedirle.

BESF. ¿Pues cómo?

DUQ. Buckingham se ha vuelto á apoderar del poder.

BESF. ¿Quién os lo ha dicho?

DUQ. La reina.

BESF. ¡Otra vez desvanecidas nuestras esperanzas!... Pero... entonces el pobre Sidney es perdido; apenas tiene tiempo para escaparse y librarse de las pesquisas de Buckingham. (*Se levanta.*) Es preciso enviar un criado á su casa; que lo busquen donde quiera que esté: si llega á poner los pies en su casa de Wíndor es hombre muerto.

VOCES EN EL PATIO. ¡Eh! paradle... deteneos...

BESF. (*Acercándose á la vidriera.*) ¿Qué ruido es ese? Un caballo acaba de dejarse caer en el patio; está cubierto de polvo y de espuma... no veo su jinete.

ESCENA III

BESFORD; SIDNEY, cubierto de polvo, en el mayor desorden, arrojándose dentro de la habitación; LA DUQUESA

SID. ¡Ya era tarde! (*A Besford.*) ¡Ah, Besford, Besford, si me hubieras esperado!

BESF. (*Alargándole la mano.*) ¿Qué queréis? para hacer tiempo... (*A Sidney, que repara en su brazo.*) No es nada.

SID. Overbury ha pagado cara esa herida.

BESF. ¿Le habéis muerto?

SID. No, pero tendrá que hacer cama algunos meses.

BESF. ¡Ah, pobre togado! mucho lo siento: le estimo, le quiero. Mas pensemos en vos. ¡Cuán dichoso soy volviéndoos á ver, amigo mío! Temía que hubieseis vuelto á vuestra casa; ignoráis sin duda cuanto pasa.

SID. No, acabo de saberlo en este momento.

BESF. ¿Y qué? Ya no estáis seguro en Inglaterra; vais á partir. Os salvaremos, á lo

menos así lo espero: esperadme algunos minutos.

SID. ¿Qué hacéis, milord? ¿Y vuestra herida?

BESF. ¡Eh! bagatela. En este momento no pienso más que en vos. Os dejo con la duquesa.

DUQ. Milord, permitidme que me retire: ¡estoy tan mala!

BESF. Esperad un momento siquiera; haced compañía al conde, os lo ruego: un instante no más. ¡Por mí!

ESCENA IV

SIDNEY, LA DUQUESA

DUQ. (*Después de un largo silencio.*) ¡Qué tormento, Dios mío!

SID. (*Sin mirar á la duquesa y con la mayor reserva.*) ¡Cuánto he temblado por vos, miladi! ¿Pudisteis salir sin ser vista?

DUQ. (*Del mismo modo.*) Sí, conde, sí.

SID. (*Después de otra pausa.*) ¡Cuánto he sufrido en estas dos horas!

DUQ. (*Casi fuera de sí.*) ¡Y yo, Dios mío, y yo!

SID. Si hubiera sido más peligrosa la herida de Besford, no me hubierais vuelto á ver jamás.

DUQ. Lo creo, señor conde.

SID. Perdonadme si he venido hasta aquí para informarme de la verdad. Ahora que ya no corre riesgo alguno, que yo no tiemblo por nadie, me alejo sin quejarme, sin vacilar, y sólo me llevo conmigo la memoria de este momento.

ESCENA V

SIDNEY, UN CRIADO, LA DUQUESA

CRIADO. Un hombre que no quiere decir quién es desea hablar á mi señora la duquesa.

DUQ. (*Con viveza.*) Que entre.

SID. Me retiro. Adiós, miladi.

ESCENA VI

SIDNEY, WILLIAMS, LA DUQUESA

SID. Williams, ¿eres tú?

WIL. ¿Vos aquí, señor conde? A lo menos podéis salvaros todavía. ¿Lo sabíais, pues, todo?

SID. Sí; pero á mí es á quien debes entregar ya el depósito que te he confiado. Perdonad, miladi; es una carta inútil ya en este momento. Dámela.